

PALABRAS PRELIMINARES

Este trabajo no es el fruto de una mera hipótesis *a priori*, sino que es la conclusión de una prolongada constatación, en los más diversos textos de la tradición cristiana, de un hecho que no habíamos al comienzo supuesto. En efecto, a partir de nuestro estudio sobre el humanismo semita ⁽¹⁾, habíamos pensado que la antropología de la cristiandad debía defender claramente una comprensión unitaria del hombre. Nuestra admiración fue grande cuando centenares de textos, y por último una tradición masiva, vino a mostrarnos lo contrario, al menos en la cristiandad latina y bizantina, como podremos ver en este trabajo. Por otra parte, nos habíamos hecho un deber explicar la evolución de la antropología cristiana después de una experiencia vital que no ha dejado de dictarnos los lineamientos de fondo de nuestra investigación.

En 1958, por primera vez, viajamos al Medio oriente. Viviendo en Europa, viniendo de las itálicas y renacentistas Florencia o Boloña, la eterna Roma o Nápoles, quedamos un tanto desorientados –y por ello profundamente "admirados" –del mundo "oriental". Pudimos contemplar y recorrer palmo a palmo el Líbano, Siria con su sugestivo Damasco; Jordania en cuyos límites se albergaba lo mejor de Judea, Samaría y el Mar Muerto. Por último, llegamos al Estado de Israel; que conocimos desde el Negev (del Mar Rojo a En-Geddi y Bersheva) hasta Judea y Galilea.

Terminado nuestro doctorado en Madrid, regresamos a Israel donde permanecemos dos años, estudiando hebreo; trabajando en el kibutz Ginnosar, junto al Lago, como pescador " y en Nazaret, sobre el Esdrelón, como carpintero de construcción en una cooperativa de árabes. Por las noches, en Nazaret, subíamos a la ciudad judía para seguir los cursos de hebreo; en las tardes; en cambio, lo hacíamos en Ginnosar, realizando así el conocido *Ulpan* para extranjeros. Habiendo caminado toda aquella tierra, conociendo su topografía geográfica y

(1) *El humanismo semita*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.

espiritual, su lengua y sus anhelos, nos hicimos un deber realizar como filósofos una reflexión al nivel de la estructura intencional de los pueblos que habían vivido en esa tierra. De ello ya hemos cumplido en parte, como decíamos más arriba, en el trabajo sobre *El humanismo semita*, pero abordaremos ahora la segunda parte de esa misma tradición: la comprensión cristiana del hombre y su desarrollo en la cristiandad latina y bizantina. Todo aquello significó para nosotros una peregrinación a la fuente del cristianismo.

Regresamos en 1961 a Europa, pasando por Turquía, deteniéndonos algunos meses en Grecia, para después ingresar a Europa central siguiendo el Danubio desde Belgrado a Viena, desde Suiza a Francia. Tuvimos la sensación de recorrer geográficamente el mismo camino de la historia. Efectivamente, el humanismo de la cristiandad nació en tierra judía, creció en Galilea, se extendió a Jerusalén, Alejandría, Corinto y Roma. Es decir, al mundo entero conocido. Tal fue el esquema seguido en el *Acta de los apóstoles*, auténtica teología de la historia universal. Como latinoamericanos recorríamos igualmente buena parte de nuestra proto-historia.

El hijo de Miriam y de Josef, nacido en tierra de David, Bet-Iehem, se crió en Nazaret, pequeño villorrio pintoresco, edificado desde edad antigua junto al arroyuelo que corría en el valle alto de las colinas que se elevan en la parte norte del Esdrelón. En pocos minutos el niño podía correr hasta las rocas de donde se divisaba la planicie; frente a él, el pequeño Hermón permitía que en sus faldas viviera la pequeña aldea de Naim. A la izquierda, el lejano corte del Jordán y las montañas nebulosas de la rivera transjordana. A la derecha se podía descubrir el Mediterráneo más allá del Carmelo. Tras el pequeño Hermón los montes de Samaría con el Garizim por cumbre... Ante nuestros ojos una historia milenaria, desde los dólmenes y menires del Tiberias norte, hasta los restos de la antiquísima Hazor; desde la invasión de los hebreos en Jericó hasta las proezas de los Jueces. ..la entrada de los romanos después de los helenistas... "Galilea de los gentiles", tierra de dispersión y contrastes, de pluralismo y diálogo, donde invasores del Lacio y judíos convivían en paz latente.

Jeshúa "de Nazaret vivía en ese mundo. No había bajado del cielo sino nacido en la historia. Judío por nacimiento y educación ⁽²⁾, alumno asiduo y piadoso de la Sinagoga, com

(2) Puede leerse con provecho el libro de Robert Aaron, *Les années obscures de Jésus*, Grasset, París, 1960. Este sencillo bello libro, escrito por un judío respetuoso del cristianismo, fue redactado con motivo de un viaje del autor a Israel. Tuvimos el gusto de mostrarle Nazaret, ya que en ese tiempo vivíamos en dicha ciudad.

todos sus discípulos, estudió allí la *Ley, Profetas y Escritos* de su pueblo Israel.

Como *filósofos*, queríamos dar cuenta de las estructuras fundamentales de la antropología que propuso a su época y que orientó lo que después será llamado la cristiandad o cultura occidental; como *teólogos*, aunque secundariamente, podremos indicar la influencia de las estructuras teológicas sobre tal antropología; como *historiadores*, deseamos mostrar esquemáticamente la evolución de dicha antropología. Será una obra cuyo nivel fundamental debe situarse en la filosofía, pero sin dejar de lado elementos de otras ciencias para efectuar una comprensión más adecuada.

Una última aclaración. Este trabajo estuvo definitivamente terminado en 1968. Sin embargo, no se pudo editar hasta 1974, y esto gracias a una colaboración de la Comisión Asesora de Promoción de la Investigación (CAPI) de la Universidad Nacional de Cuyo. Los seis años transcurridos han sido esenciales para el autor, ya que desde 1970, gracias al movimiento intelectual surgido en América latina y a los movimientos históricos de liberación, una transformación radical de la actitud teórica se produjo, surgiendo así lo que ya se denomina la "filosofía de la liberación". A la luz de esa "ruptura teórica", que supone la superación de la ontología europea, el presente trabajo, aunque era válido, debía ser reimplantado en un nuevo horizonte. Pero ello hubiera significado una modificación total de la obra. Lo hemos sin embargo creído innecesario, ya que con cambiar algunos términos fundamentales, y escribir de nuevo los §§ 85 y 86 adquiere un nuevo sentido toda la investigación, que había permanecido no sólo en un nivel óptico sino que no había superado la ontología, que es la raíz de todo dualismo.

Debemos agradecer especialmente a Jean Daniélou, por las indicaciones que en sus clases del Institut Catholique de París nos diera siendo uno de sus simples discípulos; igualmente a Claude Tresmontant, cuya generosa amistad nos ha permitido penetrar con simpatía en el pensamiento hebreo y cristiano primitivo, durante nuestra estadía en Francia (1961-1965); a Paul Ricoeur por sus clases y diálogos en La Sorbonne; a Joseph Lortz que nos permitió en su *Institut für europäische Geschichte* de Maguncia (1963-1966), comenzar la investigación que en el presente terminamos; a Carlos Bazán, por habernos permitido leer los originales de su tesis de Lovaina, en ese momento todavía inédita, indicándonos a veces muy útiles sugerencias.

E. D.
Maguncia-Mendoza (1963-1968)
Abril de 1974.